

La leyenda del Pantano de Canales



Una historia de amor creada por Alba **Hernández**
e ilustrada por Julián **Fernández**

‘Una historia de amor y superación que trasciende el tiempo’

‘Un relato tan increíble como inolvidable’

‘Granada en el siglo XIX, viva y legendaria’

Cuenta la historia que fue Giuliano Paolo Magretti quien descubrió el actual Pantano de Canales mientras luchaba por cumplir su sueño, dando origen a la apasionante aventura que aquí se relata.

1869

Corría el año 1869, y el joven Magretti ya destacaba por un carácter polifacético y progresista, ambicioso e inteligente. Se consideraba a sí mismo un explorador nato y participaba activamente en la vida ciudadana y política de Milán, su ciudad natal. Sin embargo, por encima de todo, su verdadera pasión era el ciclismo.

Aquel otoño se celebró la primera gran competición ciclista de la historia: una prueba de 122 kilómetros que partía desde París y concluía en Ruán, en territorio francés. Magretti no lo dudó. A pesar de la tensa relación entre Italia y Francia, viajó hasta París para vivir la carrera en directo, tras las vallas, como un espectador más... pero con ojos de cronista.

A su regreso a Milán, no se hablaba de otra cosa que de la victoria del británico James Moore, quien completó el recorrido en 10 horas y 25 minutos. Sus declaraciones a la prensa se centraron únicamente en la belleza de París, una ciudad que, paradójicamente, atravesaba entonces una profunda pobreza. Magretti había celebrado vivir esa carrera en directo, sin duda, pero aquel británico era demasiado vanidoso para él y se preocupaba por el mundo lo mismo que la esposa del alcalde de Milán... La victoria de uno, sí, pero la lucha de todos por la superación personal.

Irónicamente, la fama de Moore le abrió a Magretti las puertas del periodismo. Con tan solo quince años, comenzó a trabajar como cronista ciclista en un modesto periodicucho milanés. Durante meses se vio obligado a escribir casi en exclusiva sobre el campeón británico, hasta que comprendió que su talento podía servir para algo más grande: mostrar al mundo una Milán que no celebrara solo a los ganadores, sino también a quienes, sin laureles, habían demostrado coraje y dignidad en el camino.

Impulsado por ese espíritu, el 18 de mayo de 1870 fundó su propio periódico, *El Farolillo Rojo*. Su propósito era claro: dar voz a todos los ciclistas, no solo a los vencedores, sino a aquellos a quienes él llamaba “los gregarios”. Con ello, Magretti aspiraba a convertir a Milán en un referente del ciclismo... y de la justicia.



Durante los años siguientes, su talento y su visión lo consolidaron como un cronista respetado y un firme defensor de la justicia social, reconocido mucho más allá de las fronteras italianas.

Seis años más tarde...

Enero de 1876 llegó más cálido de lo habitual, mientras el clima político entre Italia y el Reino Unido se tensaba cada vez más. Apenas los unía un sentimiento común: el recelo compartido hacia Francia y Austria. En los cafés y periódicos se repetía una idea que empezaba a convertirse en consigna:

El pueblo de Italia no profesa afecto por los británicos ni por su Reino; nos son ajenos sus gentes, su credo y sus costumbres. No obstante, el aborrecimiento compartido hacia galos y austriacos nos empuja a una unión estratégica para fundar la nueva democracia europea¹.

La fama de James Moore no había hecho sino crecer, y pronto llegó a los periódicos una declaración que, honestamente, no sorprendió a Magretti en absoluto. El muy bribón proclamó sin pudor que, de volver a competir, lo haría en su amada Francia y que ganaría sin dificultad, pues París —aseguraba— siempre le había traído buena suerte. Magretti conocía bien a Moore: un ególatra capaz de decir cualquier cosa con tal de mantenerse bajo los focos.

Mientras Moore se recreaba en su propia gloria, Magretti miraba con preocupación el presente de su ciudad. La afluencia de turistas había disminuido, los comercios languidecían y el hambre comenzaba a sentirse en los barrios más humildes. Tras años reflexionando sobre cómo devolver el pulso a aquella Milán prometedora, por fin dio con la idea exacta.

Una mañana de enero se presentó ante el alcalde de Milán con una propuesta tan audaz como inédita: celebrar el 25 de mayo la carrera ciclista italiana más prestigiosa jamás vista, una prueba capaz de rivalizar con cualquier otra en Europa. La Milán-Turín.

La reacción del alcalde fue inmediata... y furiosa.

—¡Una carrera italiana jamás copiaría a una francesa! ¡¿Acaso has perdido el juicio?! —bramó—. ¡Seríamos el hazmerreír del continente! Nos llamarían imitadores sin ingenio, dándole la razón al presuntuoso de Lord Byron...

Se detuvo un instante, pensativo, y recitó con desdén:

—¿Cómo eran aquellos versos...?:

Italia, oh Italia, la bella Italia, tú, bendecida con el don divino de la belleza inexorable, pero condenada por esa ineptitud civil y política que torna en martirio la vida en tus calles.²

¹ Placa del pueblo en el Ayto. de Milán.

² Frase del libro de Lord Byron y popularizado en libretos de turismo de británicos yendo a Italia entre el 1850 y el 1880

—¡Maldito Lord Bribón!

Magretti aguardó en silencio. Sabía que detrás de aquellas palabras se estaba librando algo más que una discusión deportiva: se trataba del orgullo de un país...

Magretti comprensivo, trató de calmar al alcalde y convencerle de las buenas intenciones de su propuesta. Aquella carrera no sería una mera competición, sino la crónica viva de la prueba ciclista más prestigiosa y memorable jamás celebrada; un acontecimiento destinado a perdurar durante generaciones y a convertir a Milán en un poderoso foco de atracción turística y cultural.

El alcalde lo escuchó sin interrumpirlo y, cuando Magretti terminó, negó despacio con la cabeza.

—Mi querido periodista, sabes que valoro tu preocupación por esta nuestra ciudad —respondió con tono grave—, pero si finalmente ningún corredor lograra completar la carrera, la humillación sería aún mayor. Habríamos invertido una suma considerable solo para atraer a esos gabachos *bagueteros* que, lejos de admirarnos, vendrían a presenciar nuestro fracaso y a burlarse de él.

Suspiró antes de concluir:

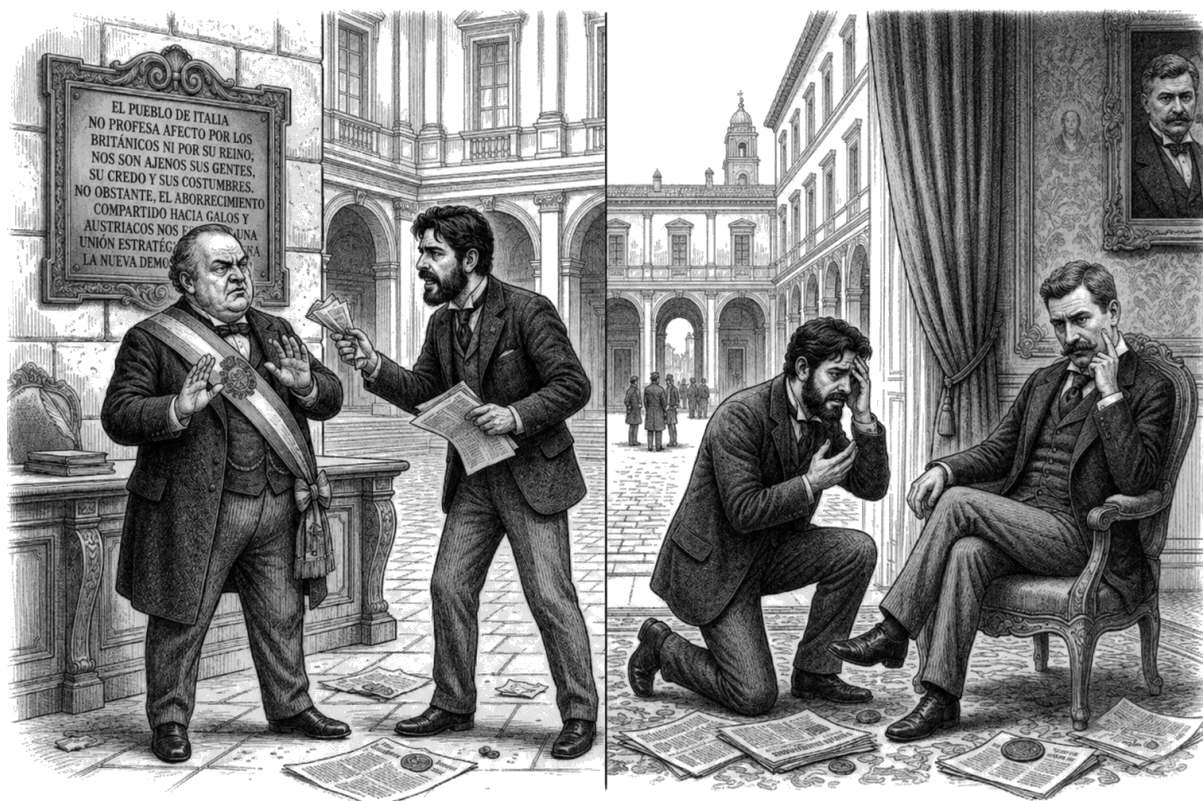
—Lo siento, hijo, pero ahora mismo nuestras prioridades están puestas en el ferrocarril. Es una inversión segura; sin duda nos reportará mayores beneficios.

Desesperado ante la visión conservadora del gobierno municipal, Magretti decidió tragarse el orgullo y acudir a quien más detestaba: el aclamado y vanidoso James Moore, en París. «A grandes males, grandes remedios», se dijo.

Le expuso la idea con sumo cuidado y le pidió, además, que participara en la carrera. Sabía que debía envolver cada palabra en halagos o Moore jamás aceptaría. A cambio, Magretti se comprometía a escribir una crónica capaz de perpetuar su gloria en los libros de historia.

La respuesta fue inmediata. Moore rechazó la propuesta sin contemplaciones: en mayo hacía demasiado calor, la distancia sería interminable y el esfuerzo, innecesario. Había ganado la París-Ruán, sí, pero aquello había sido un sacrificio enorme, y no estaba dispuesto a volver a arriesgar su reputación. Jamás apostaría su fama por Italia —*sin ofender*, añadió con petulancia—. Antes preferiría correr una y mil veces su querida París-Ruán.

Cuando salió de aquella conversación, Magretti sintió una mezcla de rabia y decepción. La desfachatez de Moore le revolvía el estómago y, por primera vez, no solo deseó eclipsar su fama... sino acabar definitivamente con ella.



Y, aun así, la mayor herida no fue el desprecio del británico, sino la certeza de que el camino que acababa de abrirse ante él estaría lleno de negativas antes de convertirse en leyenda.

La tarde del 3 de marzo, Magretti fue en busca de consejo. Y ¿a quién acudir sino a su querido amigo Carlo Ricci Gariboldi? Como de costumbre, lo visitó en su casa junto al lago, en *Campione d'Italia*, una aldea italiana tan singular como pintoresca que resistía, casi como un capricho geográfico, en pleno corazón de Lugano, Suiza.

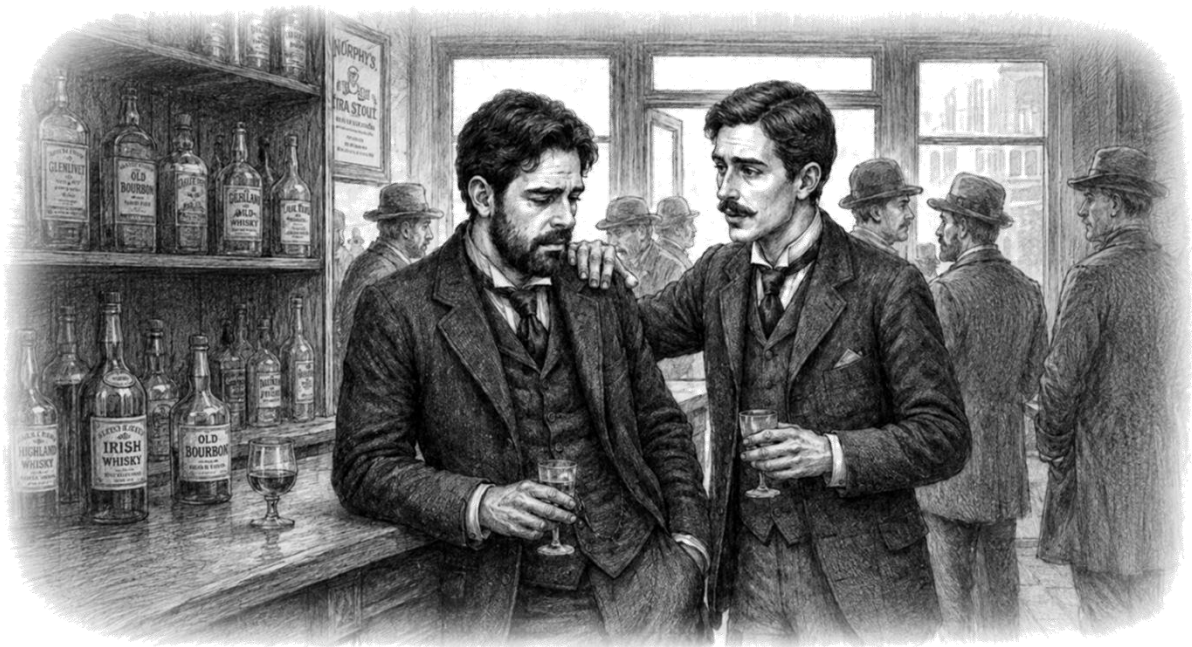
La casa de Gariboldi se alzaba justo a orillas del lago, junto a un paseo que muchos aprovechaban para recorrer en sus velocípedos y disfrutar de aquel entorno sereno y luminoso. Magretti lo llamaba “Mi paraíso de reflexión”, y no sin razón.

Ambos compartían su pasión por el ciclismo y por el progreso. Les gustaba debatir durante horas en los bares y trasladar después aquellas conversaciones trascendentales al porche de la casa de Gariboldi. Para Magretti, estar allí era reconectar consigo mismo: el lugar le devolvía recuerdos felices y le ofrecía una paz y un silencio que alimentaban su energía, su fuerza y su tesón para seguir luchando de vuelta en la ciudad.

Magretti tenía un carácter tenaz; jamás se rendía cuando creía en algo.

Aquel día habían elegido el Bar *La Gazzetta dello Sport*. Bebiendo sin medida, criticaron con vehemencia la decadencia de Milán, atrapada —según ellos— por mentalidades retrógradas y conservadoras. Esa misma mañana, el alcalde había ofrecido a Magretti un puesto como funcionario cronista del Estado: una forma elegante de reconocer su valía... y, al mismo tiempo, de invitarlo a abandonar sus sueños de juventud.

La frustración fue tal que decidieron ahogarla en *grappa*.



Cuando tomó el último chupito, el dueño del bar tuvo que ayudarlos a salir, pues apenas se sostenían en pie, especialmente Magretti.

Ya en la puerta, el tabernero se despidió con una media sonrisa:

—*In bocca al lupo*. Los sueños todavía pueden hacerse realidad...

Mientras Gariboldi sujetaba a Magretti de camino a casa, aquellas palabras resonaron con fuerza. De pronto, cayó en la cuenta de que quizá el dueño del bar tenía razón. Tal vez aún no estaba todo perdido. Levantó la vista hacia el lago, oscuro y profundo bajo la luz nocturna, y una idea comenzó a tomar forma en su mente.

Claro... viviendo junto a un lago, ¿cómo no había caído antes?:

—*Caro... hip* —balbuceó Gariboldi—, ¿sabías que, según la leyenda, el Monstruo de las aguas del Pantano de *Qaryat Qanalis* tiene el poder de conceder tu deseo más anhelado? En serio, amigo mío... ¿y si esa historia fuera cierta? Imagínalo: tú bebes de esas aguas y ¡zas!, consigues la carrera, celebras el ciclismo... o al revés... *hip* —intentó explicarse.

Magretti lo miró unos segundos antes de estallar en carcajadas. Dio un traspié y cayó redondo al suelo.

—¡Estás demasiado borracho! —dijo entre risas—. Creo que debería llevarte a... a... casa. Y deja ya lo de las aguas y los sueños de correr sobre pantanos.

—No te diré que no, *hip* —admitió Gariboldi tras otro hipo—. Algo he bebido... pero creo que tú más —rio—. ¡Vamos, levántate, el suelo se sujeta solo! *Hip*. Ya estamos casi en casa.

Cuando llegaron a casa, que estaba a escasos metros del bar, se dejaron caer en el balancín del porche y, mientras se mecía despacio, Magretti empezó a relajarse. Gariboldi regresó con dos vasos de agua.

—Hora de cambiar el “tercio” —dijo, ofreciéndole uno.

Magretti asintió, bebió un largo trago y guardó silencio. Sabía bien lo que ocurría cuando no se hidrataba.

Pasaron unos minutos de quietud y embriaguez difusa hasta que Gariboldi habló de nuevo, esta vez más serio.

—Hablabas en serio antes.

—¿Sobre qué? —preguntó Magretti, cansado.

—Ese pantano tiene que existir de verdad.

Magretti puso los ojos en blanco.

—No empieces otra vez...



—No, escucha —insistió—. Un amigo mío, cuyo primo marineró vive en Granada... ya sabes: «quien tiene un primo en Graná, ni tiene primo ni tiene ná». Pues bien, ese primo le contó que consiguió casarse con la mujer que amaba tras beber de esas aguas.

—Eso es mentira —respondió Magretti sin pensar—. Y si fuera verdad, sería para presumir de esposa. Te lo digo yo. Tu primo es muy feo.

—¡Que no es mi primo, que no te enteras! —replicó Gariboldi—. Y no es feo, tiene un gran corazón. Además, dicen que el monstruo no siempre se aparece...

—Ajá —respondió Magretti—. Menuda historia te acabas de inventar. Pero ya que sabes tanto, dime: ¿por qué aparece y desaparece el monstruo?

—¡Ah! ¡Esa me la sé! —exclamó, orgulloso—. Según la leyenda, el monstruo puede ver tu corazón. Si eres bueno, como tú, bebes y se te concede el deseo. Pero si eres un pecador como yo... *hip...* no vuelves para contarlo.

—¿Cómo dices? —rió Magretti, intentando seguir el hilo.

—Dicen que el Monstruo del Pantano de *Qaryat Qanalis* es en realidad Talasa, la diosa del mar Mediterráneo. Poseidón la castigó, la encerró en una forma horrible, y desde entonces condena a los hombres malos a una muerte lenta y terrible.

—Pfff, eso te lo estás inventando... —dijo Magretti, incrédulo.

Se quedó pensativo un segundo y añadió, con la voz más suave:

—Espera... ¿has dicho la diosa del mar Mediterráneo?

Gariboldi lo miró con una sonrisa torcidamente lúcida.

—Amigo mío, ¿no sabes nada de la mitología de Talasa? —preguntó—. ¿Qué clase de cronista eres, amigo mío, si no conoces las historias que merecen ser contadas?

Magretti se encogió de hombros, y fue entonces cuando Gariboldi decidió contarle la historia de Talasa:

Desde siempre, Talasa había sido benevolente con los marineros que surcaban sus mares para alimentar a sus familias y engrandecer sus ciudades natales. Sin embargo, Poseidón, señor de los océanos, gobernaba las aguas a su antojo y removía los cielos con furia para que los humanos no olvidaran el lugar que, según él, les correspondía.



Talasa suplicó a su padre que cesara las lluvias interminables y las tormentas infernales que solo traían hambre y miseria.



Los dioses —argumentaba ella— no necesitaban demostrar su superioridad aplastando a los humanos; «quien necesita demostrar poder es porque, en el fondo, carece de él».

La ira de Poseidón estalló. Apuntó a su hija con el tridente y rugió que aquel pensamiento era demasiado humano:

—¡Un dios jamás comete errores! ¡Un dios jamás es débil! ¡Y un dios jamás muestra compasión ni piedad hacia los humanos! —clamó—. Deberían agradecer seguir vivos en un mundo que ellos mismos destruyen con sus guerras. Se creen superiores unos a otros, y somos nosotros quienes debemos recordarles su lugar. El ser humano es malo por naturaleza y nos necesita para guiar sus actos. Esa es la verdad del mundo.



Talasa, dolida pero firme, no cedió.

Había visto con sus propios ojos la bondad y la perseverancia humanas, y defendió su causa recordando antiguas historias: cuando Simbad, el egoísta, se declaró culpable para salvar a su amigo; cuando Elizabeth Swann dejó de ser hija de un gobernador para convertirse en reina de la Hermandad Pirata; cuando Ulises resistió el canto de las sirenas para liberar a Grecia; cuando Blas de Lezo salvó a incontables marineros...

Incluso Hércules, aunque fuera medio humano, había facilitado el comercio al abrir el estrecho de Gibraltar —aquella contaba como media, claro—.

Eran demasiadas historias para ignorarlas. El ser humano no necesitaba pruebas divinas para demostrar su valía ni su respeto por los dioses. Poseidón estaba equivocado...

—¡Basta ya, Talasa! —tronó él, sacado de quicio—. Tu rebeldía me agota. El Pantano de Qaryat Qanalis canaliza los sonidos del mar Mediterráneo; si tanto deseas oír las historias de tus marineros, las oirás para siempre. Desde hoy custodiarás esas aguas y sentirás sus lamentos cada vez que les recuerde su insignificancia.

Talasa suplicó compasión.

Aquel castigo sería una muerte en vida.

Su fe en la bondad humana había inspirado hazañas bellísimas, aunque ninguna comparable, a ojos de Poseidón, con su propia grandeza.

Pero las súplicas, y algún que otro halago bien dirigido, lograron ablandar al dios.

Poseidón cedió y le concedió una única oportunidad, la misma que otorgaba a los humanos: si un ser verdaderamente bueno de corazón llegaba hasta ella, Talasa sería liberada de su castigo.



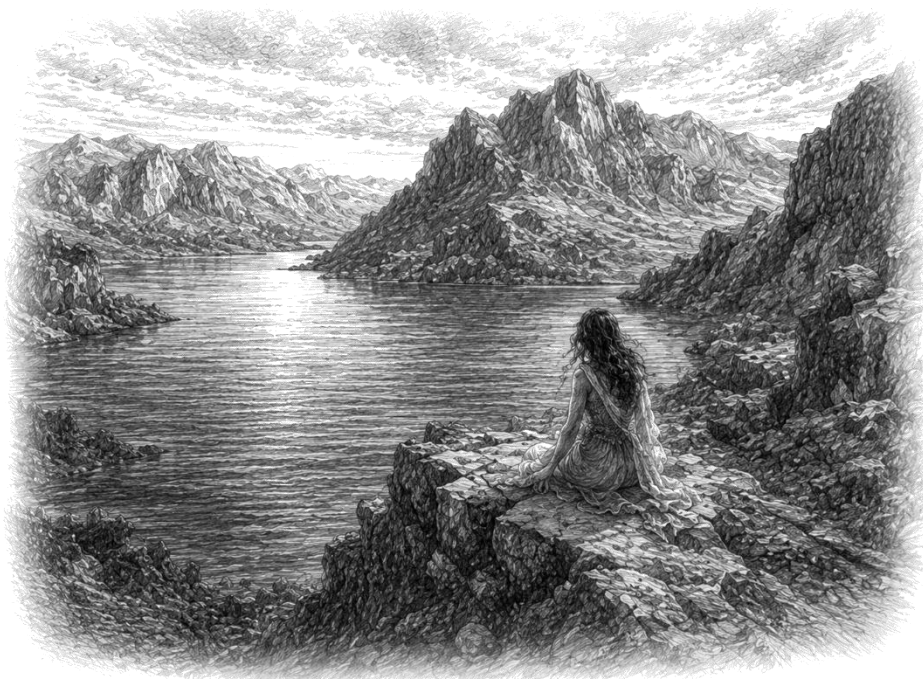
Los años pasaron.

Muchos humanos oyeron hablar del poder de aquellas aguas y cayeron en la tentación, pagando el precio de no ser lo bastante puros.

Con cada sollozo, con cada muerte, el dolor de Talasa aumentaba... y su rostro comenzó a reflejar la codicia y la maldad que decía combatir.



Desesperada por su desgraciada existencia, ocultó su horrible apariencia entre las montañas que rodeaban el pantano, buscando oír la tranquilidad en el silencio...



A la mañana siguiente, y como si la idea hubiera sido siempre suya, Magretti abrió los ojos de golpe, despertó a Garibaldi de un salto y gritó con entusiasmo:

—¡Ya lo tengo, amigo! Voy a ir en busca del Pantano del monstruo del mar.

—¿Qué dices, hombre?! —respondió Garibaldi sobresaltado—. ¡Eso está en Granada, por Dios!

—¿Dónde?

—En Granada, España —repitió, al ver la expresión ingenua de Magretti—. Lejos. Muy lejos. ¡Más lejos que París!

—Ajá... sí, está lejos —asintió pensativo—. Tendré que llevar más mudas de las que había previsto.

—Pero si ni siquiera sabemos si ese pantano existe de verdad —intentó frenarlo Garibaldi—. Vamos, hombre, ayer bebimos demasiado, y ya sabes lo cósmico que me pongo con la *grappa*.

Magretti, imparable, seguía recogiendo sus cosas.

—Dicen que quienes han intentado encontrarlo no lo han logrado jamás —prosiguió Garibaldi—. Algunos hablan de brumas espesas y sonidos extraños, como sirenas que ríen y entonan cantos de muerte; otros, de escalofríos y pesadillas interminables... y otros simplemente no regresaron. No es buena idea ir en busca de fantasmas, *caro mio*.

—Me gustan los fantasmas... —respondió Magretti riendo.

Al ver la incredulidad reflejada en el rostro de su amigo, añadió con firmeza:

—Vamos, Carlo. Es nuestra última oportunidad de hacer historia. Imagina Milán convertida por fin en una ciudad ciclista. Si ni siquiera nosotros creemos en nuestros sueños...

—¿Pero no te ofreció el alcalde un puesto como funcionario? —preguntó Garibaldi con preocupación.

—Sabes que la monotonía no es lo mío —contestó Magretti—. Milán merece que luche por ella. Que exista una carrera con su nombre, capaz de hacerla renacer. Yo escribiré la crónica que hará que Milán trascienda.

Garibaldi suspiró y negó con una leve sonrisa.

—Estás loco, amigo... pero debo apoyarte. Sin ti, nadie se atrevería a luchar por lo que sueña.

—Claro que sí, Carlo. Celebraremos la Milán-Turín y tú serás el primer ganador. Te lo prometo.



—No —respondió Garibaldi con serenidad—. Yo estaré a tu lado en la salida. Pero tú serás el vencedor. Tú pasarás a la historia.

Y dejándose guiar por su instinto de explorador, Giuliano Paolo Magretti dio el primer paso de una aventura que cambiaría su vida —y la de muchos otros— para siempre.

El viaje fue largo, cerca de diez días, alternando distintos medios de transporte, entre ellos el ferrocarril.³

Qué ciudad tan hermosa era Granada. Magretti decidió quedarse unos días, cautivado desde el primer instante. La ciudad, pintoresca y viva, se desplegaba en un laberinto de callejuelas y recovecos, tan rica en matices que lo empujaba a escribir sin descanso sobre cada uno de sus rincones.

La Alhambra era ya entonces su mayor atractivo internacional y, durante una visita guiada en español —idioma que comprendía con soltura, aunque sus hablantes parecieran ajenos a la pausa—, Magretti contempló con admiración los Palacios Nazaríes, el Patio de los Leones, la Alcazaba y el Generalife.

Hombre culto como era, tampoco pasó por alto la visita a la Catedral de Granada y a la Capilla Real, donde reposaban los Reyes Católicos.

Al caer la tarde, solía pasear por el Albaicín y el Sacromonte, los barrios más exóticos y orientales de la ciudad. Admiraba sus calles empinadas, las casas encaladas, las cuevas habitadas por población gitana en el Sacromonte... y, sobre todo, sus miradores naturales. Cuando llegaba al de San Miguel, se detenía largo rato, absorto ante las vistas privilegiadas de la Alhambra.



³ Desde apenas 1874 el ferrocarril comenzaba a conectar Granada con otras ciudades de España.

Una mañana, mientras paseaba por la Carrera del Darro, se detuvo a tomar un *espresso* en la cafetería Casa Enrique, abierta —según creyó entender— desde 1870, dato que el dueño se limitó a señalar con orgullo en un cartel junto a la entrada. Mientras saboreaba el café, un compatriota italiano se acercó con timidez y le preguntó si era el cronista Magretti. Al confirmarlo, sorprendido por el reconocimiento, ambos entablaron conversación.

Aquel encuentro llenó a Magretti de orgullo. Encontrar apoyo más allá de su ciudad natal confirmó una intuición que llevaba tiempo madurando: la posibilidad de que el ciclismo se convirtiera en un espectáculo de masas era ya no solo un sueño, sino una realidad cada vez más cercana.

El compatriota no cesaba de hablar, enlazando una historia con otra. Le explicó el motivo de su estancia en Granada: el amor lo había atrapado, y ya no había retorno posible a Italia. Granada tenía arte, rincones pintorescos, historia, universidad... pero, sobre todo, tenía al amor de su vida. Con naturalidad, pidió al camarero en español que cobrara la cuenta de los dos.

Magretti, sorprendido por su soltura, le preguntó si dominaba el idioma a la perfección. Él respondió que sí, y explicó que en los bares se hablaba mucho de política, pero lo que más le fascinaba era cómo hablaban los granadinos.

—Mire —dijo animado—, aquí un *chavea* es un niño, un muchacho; y cuando dicen que en la plaza *no había ni un cristiano*, quieren decir que no había nadie. Usted, por ejemplo, sería un *forastero*, alguien de fuera; y yo ya soy un *vecino*, uno del barrio, ¿verdad, Pepe? —le preguntó al camarero.

—*No ni ná* —respondió este, sin levantar la vista.

—Exacto —prosiguió el italiano—. Los *granaínos*, que así lo dicen ellos, no usan medidas precisas: desde una *miaja* hasta una *chispilla* o incluso una *chispitilla*, todo significa “poco” o “poquísimo”. Eso sí —bajó la voz con complicidad—, hay que decir que aquí las mujeres tienen carácter, un genio seco, lo que llaman *malafollá*. Pero alguien como usted —añadió con una sonrisa—, buena persona, hábil y resolutiva, sería lo que aquí se conoce como *apañao*.

Hizo una pausa solemne y concluyó:

—Y después de esta lección cultural, sin la cual no podría entender Granada, le digo como dicen aquí: *ea, vámonos*.



Con aquel sabor tan peculiar en la boca, el compatriota invitó a Magretti a seguir descubriendo la ciudad y organizó el plan de los días siguientes.

A la mañana siguiente lo llevó a presenciar la mayor carrera de caballos de España, presidida por el recientemente restaurado en el trono Alfonso XII. Por la tarde asistieron al teatro para ver una zarzuela y, aunque Magretti no entendió gran cosa, el espectáculo le resultó tan pintoresco como carismático. Al salir, se atrevió a decir en español, con marcado acento italiano:

—*¡Los españoles tienen mucho arte!*

Días después, el compatriota lo invitó a desayunar en su casa, en la Vega de Granada. Su mujer preparaba unos bizcochos húmedos y un café extraordinarios. Magretti estaba emocionado: Granada le transmitía una paz y una alegría que hacía tiempo que no sentía, como si, sin saberlo aún, aquella ciudad lo estuviera preparando para algo mucho mayor.

Durante el café, charlaron largamente sobre la vida: sobre la importancia de tener valores firmes, del amor como motor y de la necesidad de luchar por los principios y por aquello que es justo para la sociedad. Magretti se sentía como en casa; estaba rodeado de personas que creían en el progreso y pensaban que los verdaderamente débiles eran quienes no se atrevían a enfrentarse al cambio.

Mientras el compatriota le relataba con entusiasmo sus primeras clases como profesor de filosofía en España, su mujer apareció discretamente con un objeto peculiar: un jarrón de aspecto extraño que colocó con cuidado sobre la mesa.

—Esto es *shisha*...—dijo ella con una sonrisa.

Al ver la expresión de sorpresa de Magretti, el compatriota repitió la palabra:

—*Shisha*, amigo —aclaró—. La pipa de agua, el *narguile*, la cachimba... Viene de nuestros vecinos africanos —añadió mientras la preparaba—. Menos mal que Hércules separó España de África con sus columnas; así no seguimos adoptando todo lo que no debemos, ¿verdad, Isa?

—*No ni ná*... —se escuchó responder a Isabel desde el fondo.

Entre caladas pausadas y bizcochos húmedos, el compatriota no pudo contener más la curiosidad y le preguntó a Magretti si estaba realmente seguro de lo que había venido a hacer. Magretti, desconcertado, le pidió que se explicara.

El italiano bajó la voz y continuó:

—Hace unos días oí hablar de un periodista italiano que había viajado solo hasta Granada con la intención de que el Monstruo del Pantano le concediera su deseo...

El aire pareció espesarse ligeramente alrededor de la mesa, como si incluso el humo de la *shisha* hubiera decidido escuchar con atención.

—Sí, por eso estoy aquí —respondió Magretti con calma—. No creo en cuentos para niños, pero a veces la desesperación nos empuja a tomar caminos que jamás habríamos considerado y...

—He oído muchas historias... —interrumpió, intentando convencerlo de que reconsiderara su propósito—. Dicen que el monstruo no conoce la compasión, que escruta hasta el último rincón de tu corazón y, si no eres bueno, te devora y después escupe tus huesos.

Se quedó en silencio unos instantes, con la mirada perdida.

—Cuando alcanzas la curva —continuó, ahora más despacio—, una bruma espesa lo invade todo y quedas atrapado por tu propio deseo... La curiosidad y el valor son armas de doble filo, ¿sabes? A veces puedes perder... algo que te importe de verdad.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Magretti en voz baja.

—Porque yo estuve allí —respondió el hombre sin rodeos—. Isa no quiere que hable de ello; sabe cómo me afecta...

—Por favor, no quiero que...

—Tranquilo —lo interrumpió—. Han pasado muchos años. Pero aún recuerdo su grito ahogado.

Tragó saliva antes de continuar.

—Perdí a mi amigo, Magretti. Era como tú: inocente, tenaz, un luchador nato. Insistió en seguir adelante, una y otra vez, más allá de aquella bruma densa y silenciosa. De pronto lo perdí de vista... y segundos después solo escuché ese grito.

Nunca volvió.

El silencio que siguió fue más espeso que cualquier bruma.

—Dios mío... cuánto lo siento —murmuró Magretti.

—Gracias, joven amigo —respondió él con serenidad—. Él solo quería ser feliz, pero no supo cómo lograrlo en vida.

—Lo lamento de verdad —repitió Magretti, sincero.

—La vida es corta, amigo —prosiguió el compatriota—. Abandona esa idea. Vuelve a Milán y cástate con el amor de tu vida. El amor, créeme, mueve un poder que está más allá de cualquier deseo... incluso más allá de los dioses. Por eso nos envidian.

—¿Crees que los dioses nos envidian? —preguntó Magretti, sorprendido.

—Estoy seguro —respondió sin dudar—. Por eso nos castigan con penurias y catástrofes. ¿Nunca te lo habías planteado?

—No... la verdad es que no.

El silencio regresó, denso, casi respetuoso. Magretti respiró hondo antes de romperlo.

—Pero tengo que intentarlo —dijo al fin—. Necesito agotar todas las opciones que la vida me ofrece. Si no lo hago, será algo de lo que me arrepentiré siempre.

Esbozó una media sonrisa, intentando aligerar la gravedad del momento.

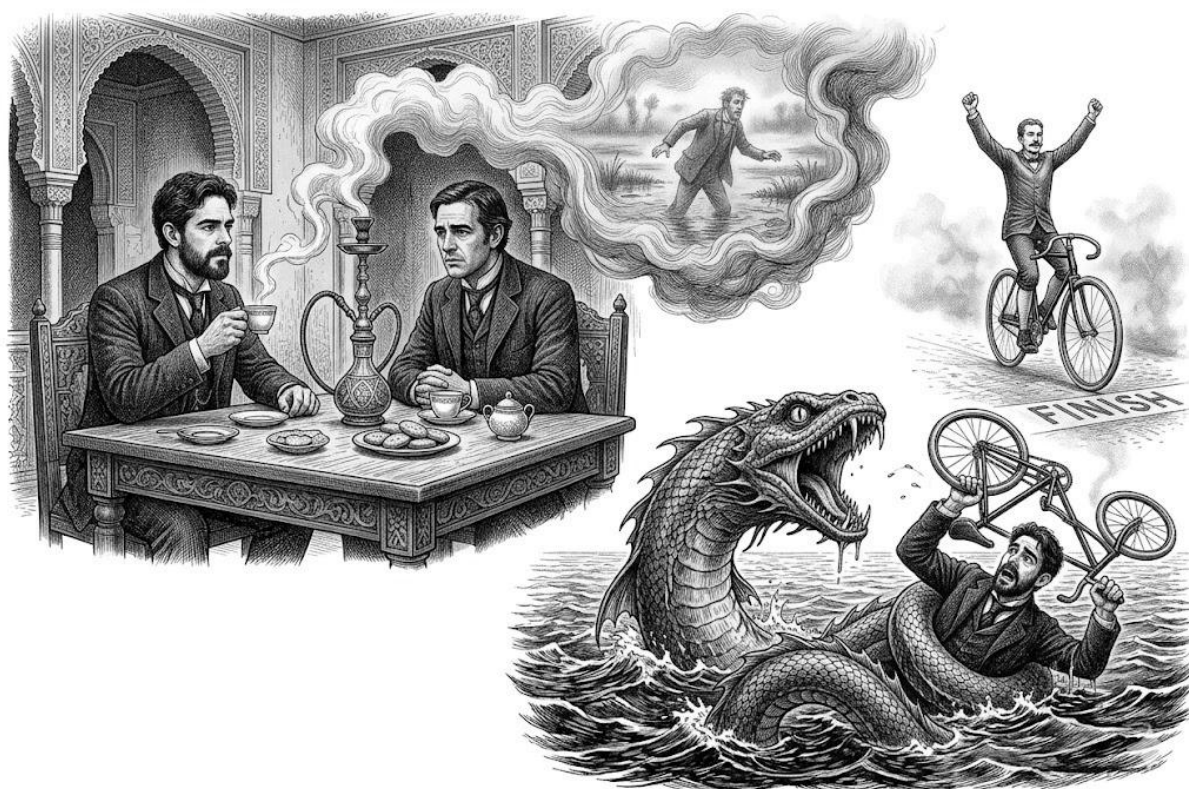
—Quién sabe... quizá el monstruo se asuste al verme llegar. No todo el mundo soporta tanta fealdad junta...

Ambos se miraron y, sin poder evitarlo, rompieron a reír.

Se despidieron a la italiana, con tres besos y un apretón sincero, deseándose buena suerte. Magretti, agradecido por haber encontrado personas tan honestas, reflexionó profundamente sobre las palabras de su amigo de vuelta a la casa rural.

Aquella noche tuvo un sueño inquietante: un monstruo surgía de las aguas, lo sujetaba con fuerza y lo arrastraba hacia las profundidades del Pantano, mientras él contemplaba, impotente, cómo a lo lejos James Moore cruzaba victorioso la meta de la París-Ruán.

Se despertó sobresaltado, con el corazón acelerado y la sensación de que el destino ya había empezado a moverse.



En la madrugada del 28 de marzo, sin vacilar —como si ni siquiera los oscuros presagios de su sueño pudieran detenerlo—, partió hacia el Pantano, guiado por las indicaciones de su compatriota.

28 de marzo

Magretti lo había empaquetado todo y nada de lo que había empaquetado lograba aliviar la incertidumbre que le recorría el cuerpo: «¿Y si todo no era más que un cuento de niños? ¿Y si al llegar no había ni pantano ni deseo que cumplir? ¿Habría sido mejor aceptar el maldito puesto de funcionario y olvidar aquella locura?»

No. Descartó esos pensamientos de inmediato y evocó el espíritu indomable de su amigo Gariboldi para recuperar la compostura. Ya estaba allí. Y lo lograría.

Cuando llevaba recorridos doce kilómetros, el cansancio empezó a hacerse notar y el desnivel se volvía cada vez más exigente. El camino era duro y el calor abrasador.

«¡Demonios! —se dijo—. Ojalá estar ahora con un chupito de *grappa* en el porche de Gariboldi».

Sacudió la cabeza y se obligó a continuar: «Vamos, Magretti. Esto es una carrera de fondo. Lo superarás como superas todo aquello que te propones».

De pronto, algo cambió. Reconoció el sendero. Aquel instante lo había imaginado una y mil veces durante el viaje. El camino giró en una curva... y con ella llegó una bruma espesa, casi irreal. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—No puede ser... —murmuró.

Se detuvo. Por primera vez, la posibilidad de encontrar el Pantano —y todo lo que ello implicaba— se volvió real. Cerró los ojos, respiró hondo y trató de serenarse. Al bajar la mirada, pudo distinguir huesos dispersos y piedras desgastadas sobre el suelo.

«Dios mío... —pensó—. ¿El monstruo ha devorado a todos los que intentaron pedir un deseo?» —la idea lo sacudió—.

¿Era la codicia humana tan cegadora como para anular el presente y escribir, a cualquier precio, la ilusión de un futuro mejor?

Reuniendo todo el valor que le quedaba, Magretti plantó los pies en el suelo. Tomó las piedras que encontró a su alrededor y comenzó a arrojarlas delante de sí para adivinar el camino: si escuchaba el golpe seco contra la tierra, significaba que podía avanzar. Sin pensar demasiado, daba pasos firmes, convencido de que, ocurriera lo que ocurriera, lucharía por su sueño.

De pronto, se quedó sin munición. Entonces empezó a desprenderse de lo que llevaba en la mochila. Primero arrojó su equipaje; después los zapatos, la chaqueta, la camisa, el cinturón... incluso la camiseta interior. Jamás habría renunciado a su reloj, pero sí se deshizo de la brújula y, finalmente, de los pantalones.



En calzoncillos y calcetines, no le quedó más remedio que confiar en su instinto. Al fin y al cabo, siempre había sido un hombre inteligente. Avanzó a ciegas durante unos metros, hasta que el silencio —prolongado, opresivo— empezó a desesperarlo. Impaciente, aceleró el paso en la dirección que creyó correcta.

De repente, donde un instante antes no había más que niebla, ante él se abrió un precipicio inmenso. Frenó de golpe, pero iba tan rápido que resbaló y quedó colgado sobre el vacío, sujeto por apenas un saliente de roca.

Logró incorporarse con un esfuerzo desesperado y se dejó caer sobre el borde, exhausto, con el pulso desbocado y el susto aún clavado en el cuerpo.

Cuando consiguió ponerse en pie, se giró y comprendió que no existían palabras capaces de describir lo que estaba viendo:

Ante él se alzaba la criatura más hermosa que jamás hubiera imaginado. Su corazón se aceleró sin control y el silencio llenó su alma. Ella se acercó despacio, observándolo con una mirada intensa y curiosa, como si lo hubiera estado esperando desde siempre.

Tras varios segundos incapaz de articular palabra, Magretti reunió fuerzas y se atrevió a decir:

—Eh... hola —balbuceó—. ¿Qué hace un pantano como usted en una chica como esta?
Se aclaró la garganta, tratando de recuperar su aplomo.

—Quiero decir... ejem... ¿dónde están mis modales? *Signora*, soy Magretti, Giuliano Paolo Magretti, a sus pies —añadió inclinándose con solemnidad.

La figura no dijo nada. Seguía observándolo en silencio... mientras él permanecía en calzoncillos.

Magretti reparó entonces en el detalle y, con todo el pudor que le permitió la situación, intentó cubrirse torpemente.

—Es que... hace frío... ya sabe...



En ese instante, como si aquel gesto hubiera confirmado todas sus sospechas, la mujer abrió los ojos de par en par.

—¡Oh, por fin! ¡Por fin ha llegado el día! —exclamó—. ¡Mi salvador ha encontrado el camino! ¡No me lo puedo creer!

Su sonrisa brillaba más que el sol del mediodía. Sin pensarlo dos veces, lo rodeó con un abrazo desmesurado, saltando de alegría y girando con él en círculos.

Magretti, atónito, se dejó llevar por la celebración hasta que su mente logró regresar a la realidad.

—Pero... es que... usted es... ¿cómo?... ¿qué...?

—En efecto —dijo ella, orgullosa—. Soy Talasa, la diosa del Mar Mediterráneo.

—¡Dios mío!

—No, ese dios no —corrigió—. Yo soy la diosa del mar. O lo fui. Mi padre me lo arrebató todo y me condenó a esta forma horrible y miserable. Quizá me hayas oído nombrar como el Monstruo del Pantano...

—¿¡Talasa!? *Ma come!* —gritó alterado—. ¿Estoy ante una presencia divina... en calzoncillos? —se detuvo un segundo, reflexionando—. Bien, bien, bien. Todo muy bien. Genial. Excelente. Supongo que ya da igual mi reputación, pero permítame decirle que usted no tiene nada de monstruo. Es... ejem... de hecho... ejem... lo más hermoso que he visto jamás, si me permite el comentario.

Magretti hablaba sin parar, atropelladamente, mientras Talasa lo observaba:

—La mujer de mi amigo Garibaldi sí que es un monstruo. Y mi vecina Margherita, la del quinto, es más fea que los pies de otro y además una pesada... En fin, qué le voy a contar a usted que no sepa...

Se detuvo, incómodo, y volvió a señalar su precaria vestimenta.

—Ejem... en serio, no sé qué se le dice a una diosa... pero, ya que estamos y volviendo al asunto de los calzoncillos, ¿no tendrá usted por ahí un poco de tela para que pueda taparme las vergüenzas?

—Qué gracioso eres... te pareces a los marineros de Granada —dijo Talasa entre risas—. Puedes recuperar las cosas que has ido tirando por el camino.

—Déjame que te muestre.

Hizo una breve pausa y añadió, guiñándole un ojo:

—Por cierto, muy ingeniosa tu idea de lanzar cosas.

Talasa le dio la espalda y, con un simple gesto de las manos, la bruma se disipó como si jamás hubiera existido. Magretti se quedó enmudecido, con los ojos como platos:

—¡Venga ya! ¿En serio? ¡¿Y por qué no hiciste eso antes?! —exclamó, frustrado.

—Solo puedo levantar la bruma cuando alguien verdaderamente bueno de corazón llega hasta el final del camino... —respondió con ligereza—. Y, claro está, si no muere en el intento.

Magretti soltó una risa nerviosa.

—Ah. Ya. Claro...

Ante él apareció un puente que conectaba el sendero con el Pantano, convertido ahora en un mirador majestuoso. Aquel lugar, abierto y sereno, le recordó de pronto el porche de su amigo Gariboldi, y una calma inesperada lo envolvió. Mientras recogía sus pertenencias, recordó al fin por qué estaba allí.

—Talasa... si usted existe y es real, ¿la leyenda sobre usted también lo es? —preguntó mientras terminaba de ponerse el pantalón.

—¿Qué leyenda?

—Dicen que el monstruo del Pantano... —tosió incómodo—. Perdón. La diosa del mar Mediterráneo concede deseos a quienes son buenos de corazón.

Talasa lo observó en silencio un instante.

—Hmm... Sí. gracias a ti podré ser libre de nuevo y volver junto a mi mar.

—Entonces... si la libero, ¿me concederá un deseo? Verá, lo digo porque un amigo mío— prosiguió atropellándose un poco—, bueno, un amigo de un amigo... cuyo primo marinero vive en Granada —ya sabe lo que se dice: *«quien tiene un primo en Graná, ni tiene primo ni tiene ná»*... En fin —se recompuso—, su primo vino aquí y usted le concedió el deseo de casarse con la mujer que amaba tras beber del agua.

—Hmm... un amigo del amigo de tu primo, ¿eh? —dijo Talasa con un tono que dejaba claro que sabía exactamente de quién hablaba.

—Sí... —respondió él, desconcertado—. ¿Es cierto entonces?

—Sí, joven Magretti. Puedo concederte un deseo —respondió, y su voz se endureció—. Pero te advierto que seas cuidadoso con lo que deseas. Los deseos pueden torcerse... y no siempre se cumplen como uno imagina.

Hizo una pausa, y añadió con una sombra de ira:

—Porque quizá la esposa del amigo del amigo de tu primo lo abandonó al descubrir que era pobre.

Magretti se quedó pasmado.

—Ah... ya veo...

Sin entender del todo aquel enfado, decidió cambiar de tema.

—Entonces... ¿por qué dice que soy su salvador?

—Porque solo tú puedes liberarme si me traes el agua de haloclina.

—¿El agua de qué?

—Haloclina —repitió—. Es la unión de dos densidades distintas: agua dulce y agua salada. En esa convergencia reside la fuerza —explicó mientras tomaba el colgante que llevaba al cuello y se acercaba para mostrárselo—. Deberás traerla en este recipiente. Solo entonces seré libre.

—Hmm... ya veo... —murmuró él, pensativo, sosteniendo el colgante—. Es precioso. ¿Una flor de lis?

—Así es.



Y, fiel a su naturaleza curiosa —por no decir impertinente—, preguntó:

—¿Y por qué no va usted misma a buscar el agua de “halocina”?

—Haloclina —corrigió—. Porque mi padre me condenó a permanecer aquí por una creencia que, hasta hacía poco, me parecía absurda... —sonrió, como si por primera vez volviera a creer en ella.

—Ajá... —Magretti prefirió no profundizar; recordaba vagamente la historia que su amigo le había contado, pero aquella noche bebieron demasiado y lo había olvidado casi todo—. Entonces, si le traigo el agua, ¿me concederá mi deseo?

—Sí. Pero solo después. Así demostrarás que tu corazón es realmente bueno.

—Ah... —exclamó él al recordar algo más—. Perdón, es que... —se contuvo para no contarle la noche de borrachera—. Bueno, da igual. Trato hecho. Yo le traigo el agua de halo... clina y usted me concede el deseo de...

—Ya sé lo que deseas, joven Magretti —lo interrumpió ella—. Puedo leer tu corazón.

—Entonces espero que mi corazón no haya cambiado de deseo recientemente —dijo, mirándola fijamente.

El silencio se volvió pesado. Incluso Talasa tuvo que tragar saliva y recuperar la compostura.

—Debo confesarte algo...—dijo al fin.

—¿Sí, querida diosa?

—La tarea no será fácil. El agua de haloclina se encuentra en la Cueva del Monstruo. Un túnel angosto, oscuro y bajo el agua. Y he aquí la peor parte: deberás sumergirte sin respirar hasta alcanzar una burbuja de aire situada a cien metros. ¿Eres buen nadador?

—No —respondió sin pensar—. ¿Cómo? ¿Cien metros? ¿Sin respirar? ¿Qué cree que soy, uno de sus peces?

—Entonces tendremos que entrenar —dijo ella con una sonrisa—. La carretera la dominas, pero el agua... te queda grande.

—Bueno, bueno, tampoco exageremos —replicó, herido en su orgullo—. Solo necesito tiempo, voluntad y un buen maestro. Y qué mejor que una bella diosa...

Talasa puso los ojos en blanco.

—Agua para practicar apnea... Y qué mejor que el Pantano de *Qaryat Qanalis*... y ya lo tendríamos, ¿no? Solo tengo que no respirar durante cien metros. Fácil.

Pero mientras hablaba, Magretti no dejaba de moverse. El miedo ya hacía su trabajo.

—Por cierto... ¿dónde está la Cueva? —prosiguió fingiendo mantener la compostura.

—A unos noventa kilómetros de aquí. Tendrás que cruzar un páramo desértico bajo el sol abrasador.

—Perfecto. Un plan de vacaciones ideal. La suerte me sonríe sin duda —dijo con sarcasmo—.  No hay agua de haloclina más cerca?

—No est s nervioso, Magretti. Lo lograrás.

—No estoy nervioso —contestó—. Solo vengo de casi morir por una bruma infernal, camino a un desierto infinito y a una cueva submarina por la que debo nadar durante cien metros sin respirar. Todo bien.

Talasa rompió a reír, y su risa terminó por arrancarle una sonrisa a él.

—Eres realmente gracioso, joven Magretti. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

—Tiene razón —respondió él, serio de nuevo—. Manos a la obra. Espero no morir en el intento; mi sueño es esa carrera y quiero llegar a tiempo.

—Lo harás —asegur  Talasa—. Pero “lo primero es antes”: te mostrar  dónde descansaremos.



Mientras avanzaban hacia el lugar de descanso y Magretti iba recuperando poco a poco la seguridad en sí mismo, Talasa rompió el silencio para contarle la historia del primer humano que había llegado hasta el Pantano.

—Hace ya algunos años —comenzó—, otro joven valeroso, como tú, llegó a esta orilla. Traía consigo un sueño tan profundo y verdadero como el tuyo.

—Se refiere al primo de Graná, ¿verdad? —preguntó Magretti.

—Sí. A él —asintió Talasa—. Cuando logró verme, a diferencia de ti, no se sorprendió ni balbuceó.

—¿Balbucear? —la interrumpió Magretti con fingida ofensa—. No sé a qué se refiere.

Ella sonrió al oírlo.

—Tenía claro su destino —continuó—. Había nacido para estar junto a su amada y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para lograrlo. Comprendí que tanto su corazón como su deseo parecían lo bastante puros como para hacer realidad su sueño.

—Creo que empiezo a entenderlo todo un poco mejor —murmuró Magretti.

—Cuando intenté explicarle cómo recuperar el agua de haloclina —un precio insignificante para el sueño de toda una vida— accedió sin dudarlo. Estar con su amada lo era todo para él —prosiguió Talasa—. Tras varios días de entrenamiento, cuando por primera vez percibí la duda aflorar en el interior de aquel desdichado, sentí un atisbo de desconfianza... pero lo ignoré.

Hizo una pausa antes de continuar.

—La mañana previa al viaje, me abrió su corazón. Confesó que aún tenía dudas y que solo reuniéndose con su amada y casándose con ella, sería capaz de reunir las fuerzas necesarias. Me suplicó que le concediera su deseo. Me preguntó si no veía en su corazón que era bueno, si acaso no había demostrado ser digno de mi confianza y lealtad. Me preguntó qué más necesitaba de él para creerle...



La voz de Talasa se volvió más grave.

—Fui ingenua y estúpida cual ser humano. La confianza ciega ante la bondad de aquel miserable me llevó a apiadarme de su alma. Le concedí su deseo.

Y esa decisión... —apretó los labios— es la que me mantiene encerrada en estas montañas y me humilla dando la razón a mi padre.



—¡Ah, maldito bastardo! —exclamó Magretti sin pensarlo—. Al final va a ser verdad eso de que «*quien tiene un primo en Grandá, ni tiene primo ni tiene ná*»...

Se detuvo un instante.

—¿Su padre? ¿Su padre la castigó?

—Sí. Poseidón me condenó. Y desde aquel día, ningún humano había llegado tan lejos... hasta que apareciste tú.

Talasa se detuvo y lo miró con intensidad. Magretti se removió incómodo.

—Bueno... —dijo al fin—. A ver qué podemos hacer para mejorar la imagen de mi... antecesor. Le prometo que haré todo lo que esté en mi mano.

—Ya lo veremos —respondió ella, desafiante.



El cansancio comenzó a imponerse.

—Creo que deberíamos dormir —comentó Magretti—. Por cierto... ¿los dioses dormís?

—¡Qué preguntas haces! —replicó Talasa—. Claro que dormimos.

—Buenas noches, entonces.

—εὖ νύκτα⁴ —susurró ella—. Buenas noches.

Magretti y Talasa durmieron a orillas del Pantano. Magretti, agotado, tardó apenas unos segundos en quedarse dormido. Talasa, en cambio, permaneció despierta, contemplando el manto de estrellas que los cubría, imaginando su libertad. Hacía mucho tiempo que no dormía tan cerca del agua... y mucho más que no dormía acompañada.

Por primera vez en años, sintió que aquella podía ser la oportunidad definitiva. Aun así, no permitiría que la engañaran de nuevo. Mantendría la distancia. Desconfiaría de Magretti... al menos hasta que él demostrara lo contrario.

⁴ /eu núkta/

A la mañana siguiente, Magretti sintió unas gotas de agua helada deslizándose por su rostro. Abrió los ojos sobresaltados y se encontró con Talasa a escasos centímetros, observándolo con expectación. Tras superar el susto inicial, se quedó prendado de sus ojos: no eran azules como el mar que él habría imaginado, sino marrones, profundos, del mismo color que las montañas que rodeaban el lago. No podía apartar la mirada. Había algo hipnótico en ella, algo embriagador.

—¡Buongiorno, joven Magretti! —exclamó Talasa con entusiasmo—. ¿Estás listo? Esta mañana he ido a por alimentos para prepararte un buen desayuno y que cojas fuerzas. Aunque apenas ha terminado el invierno en Sierra Nevada y, con los deshielos, las lluvias y la crecida del río, la despensa está... bueno, algo justa —añadió sin tomar aire—. Es tiempo de economía, aunque ya no de pura escasez —dijo finalmente, sonriendo con optimismo—. Bueno, espero que te guste.

—¡Qué detalle tan especial! Muchísimas gracias —respondió él, aún algo desconcertado—. A ver qué tenemos por aquí...

Fue examinando el improvisado festín con creciente inquietud.

—Sopa de ortigas y collejas con unos espárragos... bien... y... —se detuvo en seco—. Santo cielo... ¡¿una rata de agua?! ¡Qué... maravilla!



—¿Te gusta? —preguntó Talasa con un brillo entusiasta en los ojos.

—Mmm... sí, está... rr... bb... buenísima —respondió Magretti, haciendo un esfuerzo heroico por mantener la compostura.

—Cuando los cocineros preparaban delicias para los marineros del barco, a veces me llegaba el olor y me asomaba para ver cómo lo hacían —explicó ella con orgullo—. Es la primera vez que cocino. Así que me alegro mucho de que te guste.

Magretti, mientras calculaba mentalmente cómo evitar comerse aquello entero, optó por desviar la conversación:

—Oye... ¿ha dicho antes Sierra Nevada?

—¡Oh, sí! Es preciosa —respondió Talasa con nostalgia—. Me encanta cuando el río frío llega al mar y refresca mi alma. Algún día podría enseñártela, cuando se derrita el último glaciar del Corral del Veleta⁵.

—Claro, me encantaría —contestó él, aunque ya estaba absorto en sus pensamientos, urdiendo un plan de supervivencia culinaria.

Tras unos segundos de silencio, se le ocurrió una salida.

—Bueno... creo que, para agradecerle lo bien que se ha portado conmigo, cocinaré yo para usted. Así podrá probar comida hecha por el mejor chef del mundo: el chef Giuliano Paolo Magretti. A sus pies, señora... diosa... querida diosa...

Hizo una exagerada reverencia tomando su mano para besársela, pero Talasa, entusiasmada por la idea, dio un pequeño salto de alegría antes de que él pudiera hacerlo.

—¡Oh, qué idea tan maravillosa! —exclamó—. Y puedes llamarme Talasa.

—Perfecto. Talasa —dijo él, recomponiéndose con dignidad—. Estaba pensando que, para empezar bien el entrenamiento, deberíamos calcular cuánto tiempo podemos tardar. Veamos... —continuó— hoy es 29 de marzo, ¿cierto? Así que ayer, día 28, conocí a la diosa del mar Mediterráneo... un día difícil de olvidar.

—Ya me imagino —respondió ella con cierta preocupación—. Debió de ser muy traumático para ti.

Magretti estuvo a punto de decirle que repetiría aquel día una y mil veces solo por verla de nuevo. Talasa era extraña y maravillosa a partes iguales: bondadosa, curiosa, divertida, apasionada. Tenía una mirada infantil cargada de buenas intenciones y —pensó sin pudor— estaba como un tren. Además, olía de una manera embriagadora,

⁵ El último glaciar de Sierra Nevada se derritió en el siglo XX

como un campo de flores de tiaré⁶. Le recordaba a la esencia de Monoï que vendía Carmen en Pandora, la perfumería más exclusiva de Milán, donde siempre lo recibía con un alegre: «*Vieni, vieni, prendi il pane!*» antes de regalarle un pan elaborado con ingredientes cada vez más extravagantes.

Volvió en sí y, entre ambos, trazaron un plan de entrenamiento que le permitiría conseguir el agua de haloclina y regresar para reclamar su deseo. Serían dos semanas de preparación y unos siete días de viaje: tres para llegar a la Cueva, obtener el agua y otros tres para el regreso, si el clima lo permitía. Talasa le entregó unas gafas especiales:

—Deberás llevar estas gafas para protegerte del Siroco⁷—explicó—, un viento muy poderoso y cálido que se encuentra ya cercano a la Cueva.

—Por si faltaba algo —murmuró él con desánimo.

—No seas quejica, Magretti. Debes llevar mucho cuidado pues el Siroco puede arrastrarte hasta el acantilado empujándote a caer durante minutos.

—Genial. Suena genial, gracias por tu honestidad, Talasa —replicó con ironía.

—De nada.

Se miraron un instante y rompieron a reír. Incluso Talasa comprendió entonces que aquel viaje era extremadamente peligroso... y quizá ella estaba restándole demasiada importancia a la fragilidad humana.

—Entonces, ¿solo llevo unas gafas? —insistió Magretti—. ¿No tienes..., no sé..., un cortavientos de Decathlon o algo parecido?

Talasa arqueó una ceja, divertida...

En ese momento se interrumpe el cuento:

⁶ Gardenia tahitiana

⁷ Viento que viene del sur, cálido y con arena

—Julián, eso no lo podemos meter porque no es del año 1870. Descartado—.

Prosigue el cuento:

—¿Y solo llevo unas gafas? —preguntó Magretti, sorprendido.

—Me temo que sí —respondió ella—, aunque hay salientes a los que podrás agarrarte y te daré unas zapatillas especiales para que tengas mejor sujeción.

—Bueno... algo es algo.

—Eres muy quejica, Magretti.

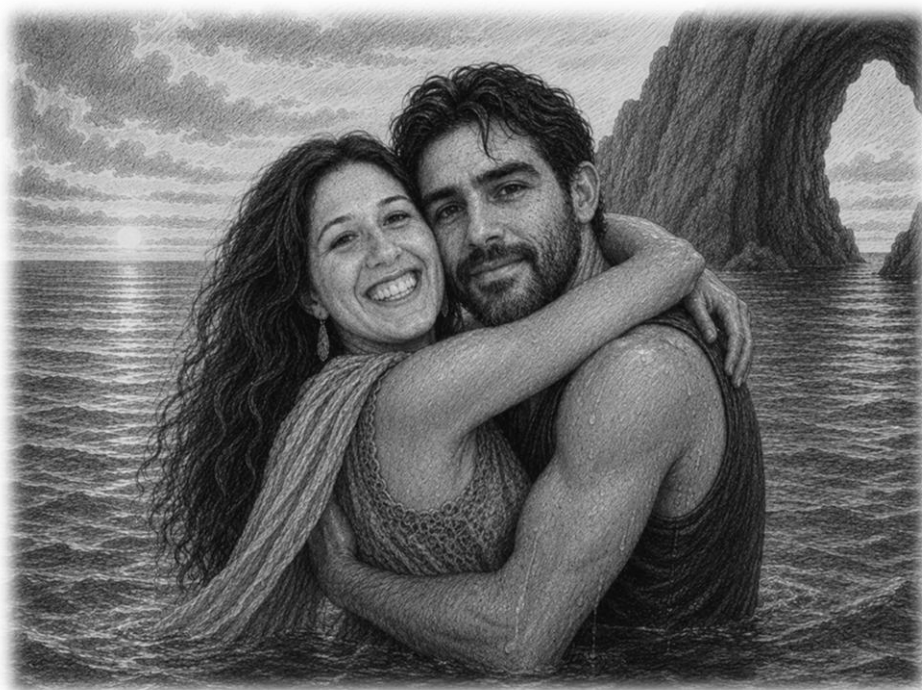
Se miraron un instante y, sin necesidad de decir nada más, rompieron a reír de nuevo.

Cada día que Magretti y Talasa compartían se volvía más sencilla la convivencia. Se entendían con una facilidad casi desconcertante: ella lo animaba con entusiasmo durante el entrenamiento y, a cambio, él sabía arrancarle sonrisas aun cuando las dudas la acechaban. Aunque ambos desconfiaban en el fondo de las verdaderas intenciones del otro, cuando estaban juntos el tiempo parecía detenerse y todo lo demás dejaba de importar. Solo quedaban ellos.

La mañana del 3 de abril, mientras Talasa cronometraba por última vez la apnea de cien metros, sintió que el corazón se le desbocaba al verlo lograrlo. Cuando Magretti emergió del agua, ella corrió hacia él entre lágrimas de alegría:

—¡Lo has logrado, lo has logrado! —gritaba—. ¡Eres increíble!

Se encontraron en un abrazo espontáneo, largo, sincero. Al separarse, permanecieron frente a frente, sin soltarse de las manos, mirándose como si el mundo hubiese desaparecido. El cronómetro selló algo más que el tiempo en aquel instante.



—Magretti —dijo Talasa al fin—, en solo seis días has demostrado que eres alguien muy especial. Veo en tu corazón que eres un gran luchador y, además, que tienes un don para el deporte... Para ser humano, no está nada mal —añadió con una sonrisa burlona.

—Querida Talasa —respondió él, acercándose un poco más—, sin ti jamás habría creído en mi fuerza ni en mi capacidad. Me siento tan seguro de mí mismo que pienso que puedo con todo.

Ella lo observó con una certeza nueva, casi reverente.

—Ahora sé que volverás con el agua de haloclina —afirmó—. Y no solo eso: ganarás la carrera y lograrás tu primera gran victoria como ciclista. Lo siento en tu corazón... esa energía ya está en ti.

Magretti apretó sus manos con suavidad.

—Talasa, tú eres mi energía, mi amuleto. Nunca antes había sentido algo así...

Al escuchar aquellas palabras, el corazón de Talasa comenzó a galopar, al compás del de Magretti. Temiendo dejarse arrastrar por lo que ambos sentían, se excusó con un hilo de voz y se alejó entre las montañas, antes de sucumbir a unos impulsos que ya no sabía controlar.

Talasa, una diosa —la diosa del mar Mediterráneo— condenada a vagar por las aguas del Pantano hasta que un humano de corazón puro lograra liberarla, se había enamorado. ¿Cómo había sucedido algo así? ¿La había cegado su fe inquebrantable en la bondad del ser humano, hasta confundir una ilusión con amor verdadero? ¿O aquello que sentía era, en realidad, un amor profundamente terrenal? ¿Y cómo podía una diosa experimentar algo tan propio de los mortales? ¿Era capaz de sentir como ellos? ¿Había tenido siempre esa capacidad... o acababa de despertarla ahora? El recuerdo de antiguas traiciones volvió a sacudirla con fuerza. ¿Y si, una vez más, un humano había conseguido engañarla solo para traicionarla en el último instante?

Con los pensamientos golpeándole la mente sin tregua, Talasa no pudo hacer otra cosa que alejarse en busca de silencio y sosiego. No sabía qué pensar ni en qué creer.



Abrumada por la duda, eligió la soledad y prefirió dormir sola, esperando que el descanso calmara el torbellino que agitaba su corazón.

Al alba del día siguiente, Magretti ya había empaquetado sus cosas y se disponía a emprender el viaje. Alzó la vista y la vio acercarse hacia él. Su presencia, incluso envuelta en silencio, lo tranquilizó:

—Anoche no dormiste aquí —dijo con suavidad—. ¿Te encuentras bien?

Se acercó instintivamente y apartó un mechón de cabello que le caía sobre el rostro. Talasa se ruborizó, como si aquella caricia hubiese desarmado sus defensas.

—Sí, joven Magretti —respondió, procurando que su voz no la delatara—. Solo quise consultar en las aguas qué tiempo haría durante los próximos siete días. Hizo una breve pausa y añadió, improvisando: —Ya sabes... solo se puede preguntar a la luz de la luna llena.

Magretti percibió la vacilación escondida tras sus palabras. Supo que algo la inquietaba, algo que ella aún no estaba dispuesta a compartir. Pero no insistió:

—Anoche hubo luna llena...sí —dijo él en voz baja—. En el Mediterráneo siempre se ha creído que iniciar un viaje después de la luna llena es señal de buen augurio.

Hizo una pausa, como si quisiera saborear la certeza.

—Tendré buen rumbo... y volveré con la llave de tu libertad.

Talasa sonrió apenas, con la nostalgia asomándole a los ojos.

—Eso mismo decían mis marineros del Mediterráneo... —murmuró—. Cuánto los echo de menos.

Magretti dio un pequeño paso hacia ella.

—Pronto —dijo mientras le tomaba las manos, despacio, como si temiera romper aquel instante, y las apoyaba contra su pecho para que sintiera su latido.

Ella contuvo el aliento.

—Gracias, Magretti —susurró ella, sintiendo cómo el corazón volvía a traicionarla, desbocado—. Había dado por perdida mi fe en la humanidad... Había olvidado que aún existen personas buenas. Personas como tú, Magretti.

Cuando estuvo a punto de besarla, Talasa se detuvo. Apartó el rostro apenas un instante y respiró hondo.

—Debo confesarte algo —dijo en voz baja—. Anoche no dormí aquí porque tenía miedo de que hoy, antes de partir, consiguieras engañarme como aquel miserable... y que yo, ciega de amor, te concediera lo que deseas y quedara condenada para siempre a este lugar.

Él la miró con sorpresa, casi sin aliento.

—¿Has dicho... amor? —preguntó—. Talasa, ¿estás enamorada de mí? ¿Cómo puede ser eso? Una diosa enamorada de un... bueno, de un ser maravilloso como yo. Quiero decir...

Ella rio, suave, con una ternura nueva en los ojos.

—No sé cómo ha ocurrido, Giuliano —confesó—, pero estoy enamorada de ti. Nunca había sentido nada parecido, ni siquiera sabía que lo podía sentir y menos por un humano...

Magretti no pudo resistirse más. La rodeó con fuerza, como si temiera que se desvaneciera, y sus labios se encontraron en un beso profundo lleno de promesas silenciadas.

—Tú serás quien me guíe, Talasa —murmuró contra su frente—. Serás mi brújula y mi protectora. El amor que siento por ti me dará fuerza para este viaje y para cualquier obstáculo que la vida ponga en mi camino. Te amo, Talasa.

Se separaron poco después, sin saber si volverían a verse, guardando el dolor de la despedida en silencio.

—Espérame —dijo él ya a lo lejos, con una sonrisa cargada de sorna y esperanza—. No te me vayas a ningún lado. En seis días estaré de vuelta, ya lo verás. Te amo, Talasa.



9 de abril

Tras seis días de incertidumbre, Talasa comenzó a temer que Magretti no regresaría. La impaciencia dio paso a la duda y, finalmente, al miedo. Repasó una y otra vez cada posibilidad, preguntándose qué habría salido mal. El temor se aferró a su pecho, pero el amor fue más fuerte, y decidió creer en él por encima de todo. Creer en Magretti... y en aquello tan único que había nacido entre ambos.

El sol empezaba a caer cuando Talasa advirtió que había trazado un surco en la tierra de tanto caminar en círculos. Se obligó a detenerse, respiró hondo y se sentó en el mismo lugar donde lo había conocido por primera vez, en calzoncillos y empapado de desconcierto: el borde del puente.

El silencio se prolongó... hasta que sucedió.

Delante de sus ojos, como surgido de la nada, el colgante apareció flotando en el aire y descendió suavemente hasta posarse sobre su cuello. Era la flor de lis llena de agua brillante de haloclina.

Talasa se giró.

Y allí estaba él.

—Por todos los dioses... —susurró.



Magretti estaba de pie, exhausto, vivo. Se miraron apenas un instante antes de romper a llorar de alegría.

Se abrazaron con fuerza, como si temieran que el otro desapareciera, y luego se besaron, sellando el regreso, la promesa cumplida.

Impulsados por un estallido de júbilo, por un amor que ya no admitía dudas, Talasa y Magretti se elevaron hacia el cielo. Magretti miró hacia abajo, sobrecogido, y se aferró aún más a ella.



Talasa resplandecía: liberada, magnificada, más hermosa que nunca y, por primera vez, ambos supieron que todo había merecido la pena.

Poco a poco, ambos volvieron a posar los pies sobre la tierra firme.

—Oh, Magretti... te amo —susurró Talasa, con la voz aún temblorosa—. No sabía si regresarías. Mi corazón te buscaba sin descanso. He imaginado este momento tantas veces que todavía me cuesta creer que sea real. ¡Por fin soy libre! Déjame enseñarte los mares, déjame mostrarte mi Mar Mediterráneo... déjame revelarte la belleza de mi hogar.

—Oh, Talasa —respondió él, con los ojos anegados—. Creí que no lo lograría, pero tu amor me ha guiado como un faro a los marineros perdidos. Sin ti, jamás habría llegado hasta el final.

—Gracias... gracias, Magretti. Si yo pudiera tener un sueño, serías tú.

—Te amo, Talasa. Quiero permanecer siempre a tu lado. No deseo nada más. Ya no concibo una vida lejos de ti.

Ella lo miró con una dulzura infinita, pero también con la lucidez de quien conoce el precio de los destinos.

—Giuliano... ¿qué estás diciendo? No puedes renunciar a tu sueño. Esa carrera debe celebrarse y trascenderá. Y tú, amor mío, la ganarás. Creo en ti porque eres especial, porque eres fuerte... y porque eres bueno de corazón.

—Pero no quiero dejarte. No puedo.

—No puedo interferir en tu deseo —replicó Talasa con pesar—, pero tampoco permitiría que arrojaras por la borda un futuro tan prometedor.

—No lo haré —dijo él, tras un silencio—. Tienes razón. Esa carrera debe celebrarse, y Milán merece ser la ciudad ciclista que soñamos. Pero no sé cómo vivir sin ti. ¿No podrías venir a Milán conmigo?

Talasa negó lentamente.

—Mi destino es cuidar del mar y de sus marineros. Mi padre aún azota a los hombres con hambre y catástrofes para someterlos, y mucho queda por reparar. Ojalá pudiera pisar tierra como una humana... pero no puedo vivir lejos del mar. Solo podríamos vernos si permanecieras cerca del Mediterráneo. Y no querría imponerte una vida así.

—Y aun así —respondió Magretti con el corazón roto—, menos querría una vida sin ti. Qué hermoso habría sido envejecer juntos... sacar unas sillas al porche de nuestra casa, como hacía yo en el lago de Campione d'Italia, y contemplar este Pantano que, aun maldito, nos ha concedido el regalo más grande del mundo: el amor.

Con el corazón lleno de pena y gratitud, se desearon una vida plena y la dicha de volver a encontrarse algún día. Y mientras se fundían en un beso de despedida, Magretti, en silencio, formuló su deseo.



19 de abril

Magretti llegó a Milán. Su ciudad le pareció distinta, renovada, como si una corriente marina invisible hubiera arrastrado la tristeza y la decadencia de las calles hacia las alcantarillas. Había luz donde antes solo había hastío.

Apenas había tenido tiempo de acercarse a casa cuando vio a su amigo Garibaldi corriendo hacia él, fuera de sí, con los ojos desorbitados.

—¡Magretti, Magretti! —gritaba a pleno pulmón—. ¡Has vuelto, amigo mío! ¡Has vuelto!

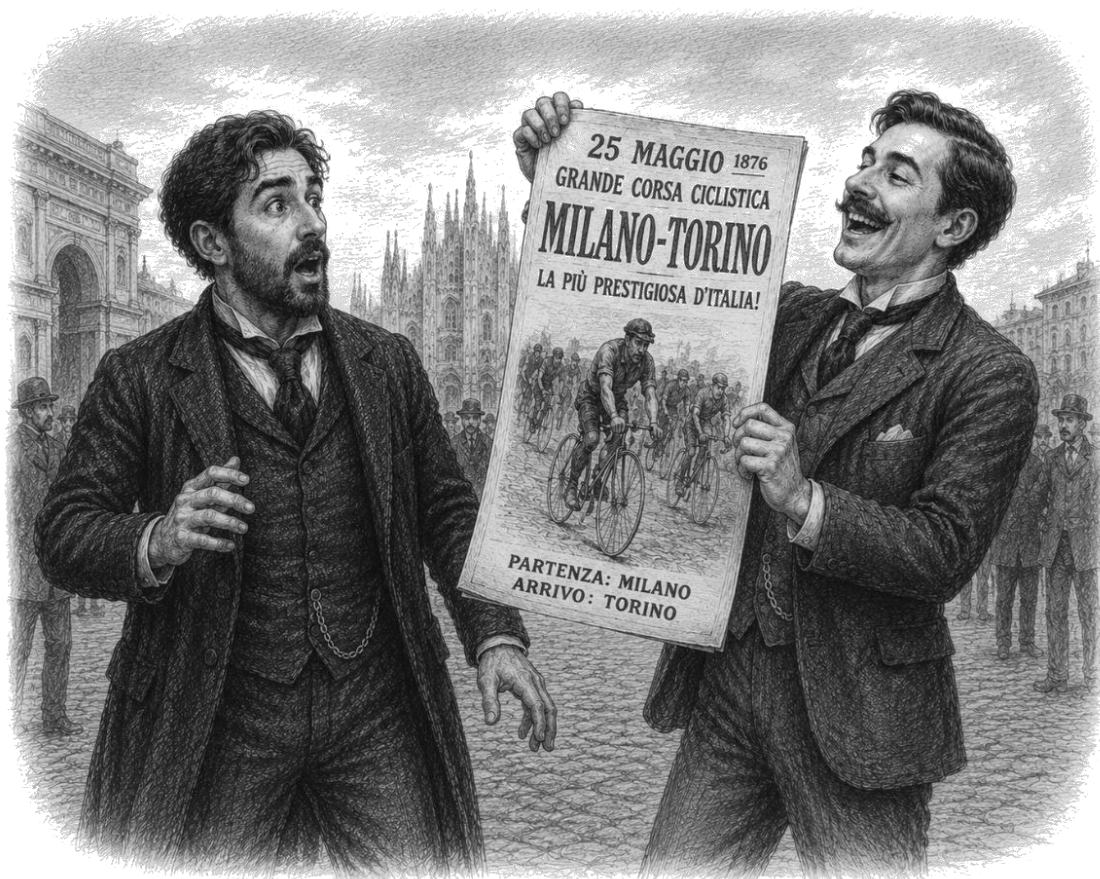
Lo abrazó con fuerza, sin dejarle reaccionar.

—¡Lo has conseguido! ¡Lo has conseguido! ¡La Milán-Turín se va a celebrar!

Magretti lo miró sin entender nada, hasta que reparó en el cartel que Garibaldi agitaba con entusiasmo. Anunciaba una carrera ciclista el 25 de mayo en Milán: la prestigiosa Milán-Turín. Sus ojos se abrieron incrédulos. El corazón le dio un vuelco.

Su deseo se había cumplido.

—El alcalde debió tomarse más *grappa* de la cuenta —continuó Garibaldi, eufórico— y la noche del 9 de abril decidió que la Milán-Turín se celebraría por fin, y nada menos que pasando por el Duomo. ¡Debes tener poderes divinos, amigo!



Se animó aún más:

—Ah, y además se despachó a gusto con tu querido Moore: «Ese británico pretencioso y *chuparruedas* no correrá en mi carrera», dijo. ¡Ojalá hubieras visto su cara! Vendrá, sí, se sentará con su trasero británico en la grada... pero no participará. Mejor así, ¿eh? Lo habríamos tenido a rueda toda la carrera, resollando como un buey.

Gariboldi reía sin parar, celebrando la victoria incluso antes de la carrera.

Magretti sonrió... pero su mente estaba lejos. Pensaba en Talasa.

Ojalá estuviera allí.

Ojalá pudiera verla sonreír al saber que su deseo se había hecho realidad.

Gariboldi se lo llevó a su casa de Campione d'Italia para que pudieran entrenar en el lago hasta que llegara el gran día. Aquella misma noche fueron al Bar *La Gazzetta dello Sport*, donde Magretti relató su viaje entre vasos que se llenaban una y otra vez. Bebieron, rieron y bromearon sobre el amigo del primo de Graná, como si aquella historia pudiera disolverse en alcohol y carcajadas.

Gariboldi no daba crédito a nada de lo que escuchaba. Pensaba que su amigo había perdido un poco el norte en aquel viaje improbable, que había enredado recuerdos y fantasías. Y, sin embargo, había algo que no sabía explicar: en Magretti veía una expresión nueva, una mezcla de plenitud y ausencia que no le reconocía. Parecía enamorado de una ilusión, herido por un amor imposible, como si su corazón hubiera vuelto antes que su cuerpo. La lucha por Milán, la carrera, la gloria... ya no ocupaban el centro de la conversación.



Había partido un Magretti y había regresado otro.

Cuando llegaron al porche, Magretti ayudó a acostar a Garibaldi, vencido por el cansancio y el vino y pleno por el reencuentro con su gran amigo. Después salió al exterior y aspiró el aire fresco de la noche.



No olía a flores de tiaré. No había unos ojos marrones en los que leer las montañas. No había risas, ni miradas limpias, ni aquella presencia que lo había sostenido en la travesía. Lo que antes le daba sentido a todo, ahora se le antojaba lejano, casi irreal. Y en medio del silencio del lago, Magretti comprendió que, aunque había vuelto a casa, una parte de él se había quedado para siempre en el Pantano.

25 de mayo

Llegó el gran día. Magretti había soñado con él durante años. Vestido de *azzurro*, distinto al resto, se situó en la línea de salida con el corazón dividido en dos mitades irreconciliables. Garibaldi lo había sostenido, animado y devuelto, en parte, al Magretti de siempre; pero desde su regreso de *Qaryat Qanalis*, había un nombre que lo ocupaba todo: Talasa.

Con los pies firmes sobre la tierra, los corredores aguardaban. El disparo del alcalde rasgó el aire y, como flechas, partieron.



El 25 de mayo de 1876 Magretti ganó la carrera más prestigiosa de su tiempo: 150 kilómetros entre Milán y Turín, con un récord de 10 horas y 9 minutos.

El segundo puesto fue para Carlo Ricci Garibaldi, que cruzó la meta en 11 horas y 21 minutos.

Hubo fotografías, entrevistas con los cronistas milaneses, apretones de manos y autógrafos para quienes, desde aquel día, comenzarían a llamarse *tifosi*⁸ del ciclismo.

⁸ En italiano, «tifosi» es el plural de tifoso (masculino) o tifosa (femenino) y significa aficionado o seguidor de un equipo deportivo. Aunque puede referirse a seguidores de cualquier deporte en Italia, en el contexto de la Fórmula 1 se ha asociado casi de manera exclusiva a la afición de Ferrari, conocida por su lealtad intensa, sus demostraciones emocionales y su presencia icónica en carreras como el Gran Premio de Monza.

Magretti contemplaba su sueño cumplido, aún mejor de lo que había imaginado... y, sin embargo, una punzada le atravesó el pecho: ¡cómo deseaba que Talasa estuviera allí para verlo...!



Incluso Moore estrechó su mano, lo felicitó con deportividad y posó sonriente para el nuevo diario de la ciudad, el *Corriere della Sera*. En declaraciones a la prensa, afirmó convencido que Milán era —y sería— una de las grandes ciudades ciclistas destinadas a pasar a la historia.



Y mientras el mundo celebraba su victoria, Magretti alzó la vista un instante, como si buscara el mar entre las calles de piedra, preguntándose si, en algún lugar del Mediterráneo, Talasa estaría sonriendo al saber que su amor... también había llegado a la meta.

Cinco años más tarde...

Con el paso de los años, Milán había renacido. La Milán-Turín había alcanzado un eco internacional inimaginable y gentes de países vecinos recorrían sus calles, llenaban sus bares y celebraban la vida. Los *tifosi* no dejaban de fotografiarse junto a la estatua de la bicicleta de Magretti, la *Qaryat Qanalis*, convertida ya en símbolo de esfuerzo y esperanza.

Magretti triunfó no solo en el ciclismo, sino también en el periodismo con *El Farolillo Rojo*. Tras su victoria en la Milán-Turín, impulsó una idea tan audaz como humana: premiar también al último corredor en cruzar la meta con un farolillo rojo, símbolo de resistencia y dignidad. El alcalde aceptó la propuesta y, desde 1877, el premio comenzó a entregarse, extendiéndose incluso a España. En cambio, los británicos lo consideraron una humillación inadmisibile.

El 17 de marzo de 1881, Magretti visitó a su viejo amigo Gariboldi, que regentaba ya su propia cervecería: *Gariboldi e amici*. Aquella noche, Gariboldi sabía que había llegado el momento de despedirse. Conocía a Magretti como a un hermano y sabía que su amigo no era feliz desde su regreso del Pantano. Le faltaba algo. Ambos lo sabían. Tarde o temprano debía emprender el camino de vuelta a su verdadero hogar. Estuviera loco o no, fuera una diosa o no, Talasa era el amor de su vida. Y Gariboldi lo sabía. Vaya si lo sabía. Por eso, debía dejarlo marchar.

Esa última noche en Milán la compartieron en el porche de la casa de Gariboldi, entre chupitos de *grappa* y deseos de buena vida. Su amistad, sin duda, trascendería en el tiempo como la Milán-Turín... y como la lucha por una sociedad más justa.

A la mañana siguiente, Magretti sabía qué debía hacer y adónde debía ir.



28 de marzo de 1881

Tras diez días de viaje, llegó a Granada la mañana del 28 de marzo, exactamente cinco años después. La gente seguía siendo tan pintoresca como entonces, y la Alhambra continuaba imponiéndose majestuosa sobre la ciudad. Sin detenerse apenas — conociendo bien el camino—, caminó unos quince kilómetros hasta llegar a la curva.

Y entonces lo vio.

Había bruma. Y hacía frío.

Sonrió. Conocía el truco del puente y, esta vez, no tendría que cruzar en calzoncillos perdiendo la dignidad. Ya no era el mismo. El amor lo guiaba. La dulce y bondadosa Talasa marcaba sus pasos, igual que lo había hecho cinco años atrás. Y esta vez, pensó, no llegaba como un soñador perdido... sino como alguien dispuesto a volver a casa.

A cada paso, la bruma fue retirándose lentamente, pues ya no había maldición ni aguas benditas. Magretti avanzaba con paso firme, saboreando cada instante como si fuera el último. A medida que el aire se aclaraba, una sombra surgió ante él: primero difusa, luego cada vez más nítida. Una silueta extraña que poco a poco se fue transformando en algo reconocible.

Siguió caminando.

De pronto, cuando la bruma se disipó por completo, un rayo de sol lo cegó y tuvo que cerrar los ojos. Entonces lo percibió. Aquel olor era inconfundible. El aroma que había extrañado durante cinco largos años, el que lo devolvía a sí mismo.

Unas manos le tomaron el rostro con urgencia.

—Dios mío... ¿eres tú? Sabía que lo conseguirías. Sabía que no te rendirías... aunque, no voy a mentirte, tuve mis dudas. Ya sabes...

Magretti abrió los ojos de golpe.

—¿¡Talasa!? ¿¡Talasa eres tú!? —exclamó sin aliento—. ¿Es el sol lo que me ha cegado... o estás aquí de verdad? ¿Qué... qué llevas puesto?

Ella sonrió con ternura.

—Ay, querido Magretti... Tu deseo fue complicado de cumplir. Tuve que pedir ayuda a mi padre. —Bajó la mirada un instante—. Y, aunque suene egoísta, en el fondo deseaba que lo pidieras. Deseaba que pidieras que estuviéramos juntos.

Le acarició la mejilla con suavidad.

—Lo intenté todo. Todo lo que estuvo en mi poder. Pero el mar es demasiado fuerte... siempre me reclama, siempre me obliga a volver.

Magretti negó lentamente con la cabeza, aún incrédulo.

—No puedo creer lo que me dices... Pensé que me habías abandonado. Que lo del deseo era solo una leyenda. Que en realidad... no estabas enamorada de mí.

—Ojalá hubiéramos podido estar juntos antes —susurró Talasa—. Cuando fui a pedir ayuda a Poseidón, aún dudaba. Un solo humano no le parecía prueba suficiente. Entonces le recordé que fue él quien estableció la ley: solo los humanos buenos de corazón podrían recibir un deseo de la diosa del mar... de mí. Y como yo no podía concedértelo, debía hacerlo él, por justicia divina.

Hizo una pausa.

—Tardé cinco largos años en convencerlo. Cinco años observándote, viendo cómo hacías el bien en Milán, cómo luchabas por una sociedad mejor, cómo no dejaste de hacerlo ni por mí, ni por nosotros... hasta que decidiste volver a buscarme.



Sus ojos brillaban.

—Mi padre ha reconocido que eres un hombre tan bueno de corazón que haces de este mundo un lugar mejor. Que incluso haces mejores a quienes no lo son. Y por eso ha decidido darnos una oportunidad.

Talasa respiró hondo.

—Pero con una condición. Si quería estar contigo... debía renunciar a mi naturaleza divina. Convertirme en humana. Abandonar mis poderes.

Magretti se adelantó un paso, con la voz quebrada.

—No, Talasa. Dime que no lo has hecho...

—El amor es más fuerte que cualquier ola del bravo mar, Giuliano. Y, en lo más hondo de mi corazón, también deseaba saber qué se siente al envejecer... y no se me ocurre mejor forma de hacerlo que a tu lado.

Magretti tomó sus manos con suavidad.

—Oh, Talasa, te amo. Recorreremos el mundo juntos. Veremos Sierra Nevada, sentiremos el frío y el sol en la piel... Y quién sabe, quizá algún día incluso te lleve a conocer a mi amigo Garibaldi.

Ella sonrió, con una luz nueva en los ojos.

—Eso me gustaría mucho.

Magretti sonrió, acercándose a ella:

—Pero cocino yo.

—Siempre tan gracioso...

Y sellaron su promesa con un beso, profundamente humano y eternamente divino.



—FIN—

Talasa y Giuliano Paolo Magretti envejecieron juntos, sentados cada noche en el porche de su casa, meciéndose en silencio mientras contemplaban las aguas de *Qaryat Qanalis*, reflejo sereno y fiel de la vida que habían elegido compartir.

La Era fue el hogar donde vivieron, y hoy sigue en pie como un lugar destinado a celebrar encuentros épicos de amor... como el que estamos celebrando hoy.



Gracias a la victoria de Magretti, el gobierno de Milán pudo invertir, entre 1878 y 1880, una gran suma de dinero en la construcción del primer tranvía eléctrico de madera, destinado a acoger a los millones de viajeros que comenzaban a llegar atraídos por el renacer de la ciudad.

La París-Rouan desapareció en 1917, y no se volvió a hablar de Moore hasta que esta historia rescató su nombre del olvido.

Magretti dio a conocer al mundo la ruta a pie y en bicicleta desde Granada hasta el actual Pantano de Canales, y escribió una crónica que alcanzó una fama inesperada, convirtiéndose en referente para aventureros y soñadores.

La antigua *Cueva del Monstruo* pasó a llamarse la *Cueva del Sifón*, pues se dice que la liberación de Talasa desató una fuerza tan poderosa que abrió una grieta en su interior, haciendo brotar el agua de haloclina con tal ímpetu que se elevó hacia el cielo.

La leyenda dice que parte de esa agua sagrada cayó en el actual Pantano de Canales y que, desde el balcón de La Era, aún hoy pueden escucharse plegarias que nadie pronuncia en voz alta. Algunos aseguran que, en ciertas noches, el agua parece escuchar...

Y que solo a quienes son verdaderamente buenos de corazón decide responderles...

